
LA COJURA CONTRA EL HECHICERO

Tamayo para el indianismo contemporáneo

Fernando Molina



LA CONJURA CONTRA EL HECHICERO

Tamayo para el indianismo contemporáneo

Fernando Molina



LA CONJURA CONTRA EL HECHICERO
Tamayo para el indianismo contemporáneo

©Fernando Molina

Diseño: Percy Mendoza
Impresión: Editora Presencia SRL.

Editores: Ediciones Pazos Kanki

Depósito Legal: 4-1-1766-10

Impreso en Bolivia
2010

La historia intelectual ha considerado a Tamayo, tradicionalmente, como el precursor de las ideas indigenistas bolivianas. *Creación de la pedagogía nacional*, escrita en 1910, es, simultáneamente, una crítica a la visión racionalista de la facción ilustrada que gobernaba el país desde la Revolución Federal de 1899, el liberalismo, y una exaltación del indio, en quien, de todas las razas del país, Tamayo cifraba los valores profundos de la nacionalidad.

En ese momento, *Pueblo enfermo*, una aplicación del nacionalismo y el racismo europeos a la problemática boliviana, debida al escritor boliviano Alcides Arguedas, ya tenía un año de haber visto la luz. Al mismo tiempo, los gobernantes (positivistas) del país se proponían reformar la educación, de modo que superara la rémora de nuestra particular “raza inferior”, la indígena, extendida por la mayor parte del territorio, y que había que modelar de acuerdo con los valores ilustrados y modernos de la cultura europea.

Aquí hay que señalar un hecho peculiar. A diferencia de otras clases dirigentes de América Latina,

la boliviana no podía proponerse la eliminación de los indígenas, que –para dar una estadística que tenemos a mano– en 1931 la superaban en una proporción de tres a uno.¹ Tampoco había condiciones en Bolivia para atraer una importante inmigración extranjera. La única salida viable, entonces, era *educar* al indio, que significaba algo más que *instruirlo*, es decir, que entregarle una dosis determinada de conocimientos. Educar al indio era incorporarlo, finalmente, a la nación, cuyo núcleo fundador estaba compuesto por los criollos y, en la primera periferia, por un cinturón de mestizos privilegiados. Una minoría activa rodeada de una masa innumerable de “otros”, que vivían y miraban el proceso de construcción del país no sólo *desde fuera*, sino también *en contra*. Los liberales intuían la inviabilidad de semejante estado de cosas, aunque no supieran expresar ese convencimiento más que de una forma paternalista y autoritaria.

Políticos prácticos como eran, encandilados además por el ideal modernizador que veían realizándose en Europa, y adherentes por lo menos en teoría a las fuerzas igualadoras y democratizadoras del capitalismo, veían al indio como un “problema”, y a la educación como la solución a la que, interpre-

1 1.586.649 indios versus 426.212 blancos. Cfr. Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo* [3ª. edición de 1936], La Paz, Juventud.

tando de forma voluntarista el proceso europeo de desarrollo, podían aferrarse, ya que ninguna otra estaba a su alcance.

Ésta es la descripción que hace Mariano Baptista de ellos:

“Después de veinte años de regímenes conservadores, los liberales aparecían como los porta-estandartes del espíritu racionalista y científico que provenía de Europa y que había hecho, del progreso, una religión, y de la escuela, la palanca del cambio social.”²

Un excelente ejemplo de este pensamiento lo proporciona el abogado Felipe S. Guzmán, quien fuera parte de la comisión boliviana que en 1908 contratara en Bélgica al pedagogo Georges Rouma para traerlo al país y encomendarle la reforma de la educación boliviana. Miembro destacado de la clase dirigente boliviana, político que actuaba en la órbita liberal, llegó a ser presidente del país, por el Partido Republicano, entre 1925 y 1926. Es para polemizar con él que Tamayo escribe *Creación de la pedagogía nacional*, aunque sus críticas sean también perfectamente aplicables a Arguedas, cuyo *Pueblo enfermo* Guzmán parece extrapolar una y otra vez:

2 *Yo fui el orgullo*, La Paz, Los amigos del libro, [2da. edición de 1983].

“Europa es donde se practican las ideas generosas: altruismo, verdad, justicia, factores del progreso humano. [Por tanto] Necia pretensión el querer crear una pedagogía completamente original... Los pueblos incipientes no pueden formar un carácter apartado del ideal universal de cultura en todos los órdenes. Su tendencia es de asimilación más que de creación de una modalidad típica, sui-géneris, única. En ese sentido, lo racional es tomar de los países adelantados lo que pueda servir al nuestro, adaptándolo en virtud de los factores climáticos, etnográficos y, sobre todo, de los fenómenos psico-sociológicos de la herencia, el medio físico y la composición étnica.”³

¿Y qué es lo que había que tomar de los países adelantados?

“[L]a gimnasia sueca, los polígonos de tiro alemanes, los baños escolares suizos, las colonias escolares belgas, los juegos educativos franceses, la música escolar italiana, del mismo modo como lo hicieron Argentina, Chile y Uruguay”.

Había que imitar a Europa, porque nuestra propia realidad era una vergüenza. Los bolivianos no teníamos nada rescatable:

³ Todas las citas de Guzmán, según el libro de Baptista que se acaba de de citar.

“Figuraos una pedagogía con arreglo a nuestras costumbres. Sería, sencillamente, la prohibición absoluta del agua como medio de aseo, la inmovilidad física, la suciedad en todo, el aprendizaje de todas las novenas y letanías existentes; y si, para colmo, esa pedagogía se confecciona con arreglo a nuestras naturales tendencias y gustos, nos veríamos en la precisión de fomentar el alcoholismo, la holgazanería, la envidia, el egoísmo, la mentira y, sobre todo, la maldad.”

La causa de tantos males, por supuesto, era el indio, que “no es un factor positivo para el desarrollo de la cultura”:

“El indio... no tiene la más elemental conciencia de sí mismo... No se rebela, no discierne, no medita; obedece pasivamente como una acémila. Su condición de esclavo está en armonía con su naturaleza”. “Lo poco que ahora es lo debe inclusive al blanco”. “La historia de esta patria nada le debe, y si es obrero en los campos y brazo industrial en las ciudades es porque ha sido sacado en parte de su rutina estacionaria por el elemento europeo, que es el que le dirige y el explota”.

Guzmán profesa una versión darvinista del racismo:

“Hay razas privilegiadas que han demostrado su superioridad en la realización de la cultura”. “[E]n la lucha universal de razas, la victoria corresponderá siempre a la blanca, en cuyo espíritu deben fundirse las razas inferiores si es que no quieren quedar postergadas en la cultura y la historia”.

Igual que los animales, las razas inferiores pueden mejorar por medio del adiestramiento:

“Todas las especies animales son susceptibles de cultivo y mejoramiento. Las razas inferiores tienen que fundirse con las superiores, porque está comprobado por la historia y las ciencias antropológicas que la civilización es blanca y el dominio del mundo corresponde a esa raza”.

Había que sumarse al mejor, entonces, y el medio para hacerlo era el “mejoramiento” que podía proporcionar la educación:⁴

“El primer fenómeno que se presenta en la vida del niño son las impulsiones de su raza; en ellas obran la herencia, el medio ambiente físico y moral; pero si ese niño es tratado convenientemente por la educación

⁴ Aunque la educación debía combinarse, creía Guzmán, con el “cruce de razas”. Más adelante esta idea la repetirían los partidarios de propiciar “migraciones dirigidas” de europeos y asiáticos a Bolivia.

científica, esas impulsiones van sucesivamente modificándose hasta convertirse en tendencias de civilización y progreso. En el transcurso de esa evolución van quedando atrás las taras del alcoholismo, la holgazanería, el egoísmo, etc., de lo primitivo y salvaje a la semi-civilización y media cultura, y de allí al ideal de humanidad: el imperio de la verdad, el bien, el trabajo y la belleza”.

¿No sería peligroso hacer esto, entregar las armas de la cultura a un ser inferior al que se desprecia y se considera el origen de tantos males sociales? Guzmán piensa que no, y de paso revela los móviles, entre nobles y crematísticos, del esfuerzo educativo que propone:

“No creo que el indio civilizado se convierta en enemigo del blanco. Al contrario, sería su gran colaborador. El indio puesto en posesión de conocimientos modernos, habilitado para vivir concientemente y con otra clase de hábitos, sería el factor más poderoso para el rápido engrandecimiento de la nación... Si el indio produce hoy como diez, civilizado producirá como cien. Civilicemos al indio sin temores ni vacilación”.

Tal era la ideología dominante a principios del siglo veinte en Bolivia. La he ilustrado con profusión de

citas porque quiero destacar la posición de Tamayo respecto a estas ideas y el valor que tuvo para el indianismo boliviano. Pese a lo cual, como veremos, esta corriente se niega hoy a reconocer al escritor paceño como su primer precursor.

Pero antes de adentrarnos en el pensamiento de Tamayo veamos todavía otra expresión, la más celebre, del racismo boliviano.

El racismo de Arguedas

Arguedas se ubica en el ala pesimista de la oligarquía ilustrada que dirigió al país hasta finales de los años treinta.⁵ Pesimista porque no hacía hincapié en el progreso que había experimentado el país bajo los gobiernos liberales, en los éxitos modernizadores, los cuales provocaban en la élite nacional ocurrencias desmesuradas como la organización de una Exposición Universal en La Paz (que él ridiculizó con feroz ironía). Por el contrario, lo desvelaban las enfermedades y limitaciones “psicológicas” que atenazaban a la nación e impedían que el pueblo madurara hasta llegar a la altura necesaria para merecer los valores modernos (libertad, igualdad y fraternidad).

En *Pueblo enfermo*, Arguedas asigna a cada raza una idiosincrasia determinada, en todos los casos negativa. En esto se diferencia de Guzmán, que era “blancófilo”; Arguedas, en cambio, más que nada

5 Guillermo Francovich (1956), *El pensamiento boliviano del siglo XX*, La Paz, Los amigos del libro, 1984

era “bolivianóforo”. Los blancos tampoco se libran de su larga enumeración de las taras nacionales: de su contribución, tanto como del aporte indígena al carácter nacional, resultan el alcoholismo, el odio, la empleomanía, la corrupción y el fraude.

Así se refiere a los indígenas del oriente del país:

“Es como si viviese una raza de bestias útiles para ciertos fines. Y como a bestias se los trata en la conducción de las canoas y en la pica de la goma elástica, trabajos para los que se la utiliza. Su aporte es, pues, casi nulo. Acaso sólo se la puede tomar como un elemento higienizador de los bosque profundos, pues para vivir [los indios] tienen que luchar con las fieras, defenderse de los insectos, disputar su presa a los caimanes, y, por consiguiente, vencerlos, exterminarlos. De ahí su utilidad y hasta su importancia, si tanto se quiere.”

Y esto dice de los indígenas del occidente:

“Nótese en el hombre del altiplano, la dureza de carácter, la aridez de sentimientos, la absoluta ausencia de afecciones estéticas. El ánimo no tiene fuerza para nada, sino para fijarse en la persistencia del dolor...”
“[L]legaron a adorar toda clase de seres vivos e ima-

ginarios, pero siempre sosteniendo la idea primordial de que la muerte era una especie de transición a otro estado más perfecto, en el que el hombre gozaría de toda clase de bienes... De esta concepción procede también esa ausencia completa de aspiraciones, la limitación horrida de su campo espiritual. Nada se desea, a nada se aspira. Cuando más, anhélase la satisfacción plena de las necesidades orgánicas, y entre éstas, la principal, antes que el amor, el vino. El alcohol es el lujo de esos hombres”.

Arguedas nota la tristeza de los hombres altiplánicos, pero la explica por las condiciones geográficas, la puna en la que habitan, y por las características biológicas que les son propias; en cambio, es incapaz de pensar en causas sociales, como la explotación y la persecución secular en contra de las mismas personas de las que demanda... una mayor sensibilidad artística.

Arguedas se ensaña particularmente con otro miembro de la nacionalidad, el cholo:

“El conquistador, al despojar de lo suyo al indio, creyó que no sólo podía disponer de sus bienes y tierras, sino, y especialmente, de su persona. Y la poseyó, en efecto, poseyó sus mujeres, y de *semejante brutal contacto*, provocado no por el amor que anima al germen

de bellas cualidades, sino por necesidades orgánicas incontenibles, ha nacido la casta híbrida del cholo”.⁶

Nótese lo del “brutal contacto”. En su artículo sobre “El pensamiento del apartheid”, el escritor sudafricano J.M. Coetzee nos recuerda el terror de los racistas a la mezcla, atizado en especial por la imagen inaguantable de los hombres negros haciendo el amor a sus mujeres blancas.⁷

Lo mismo en Arguedas, para quien el cholo es la destilación de los males de las razas de las que procede:

“Del blanco tiene esa arrogancia despótica enfrente del que considera su inferior y, como el indio, es sumiso, humilde y servil, aunque nada bondadoso, delante del superior. Es partidario de lo fastuoso, de lo pomposo, de los colores chillones, de todo lo que brilla, trueno o aturde. Perverso, vengativo, no sabe equilibrar sus pasiones y odia todo lo que es superior o no se somete a sus planes o designios”.

De estos “axiomas” raciales, Arguedas intenta deducir incluso las psicologías regionales de sus paisanos, que en su opinión dependen, en primer lugar,

⁶ Las cursivas son mías.

⁷ El artículo mencionado se encuentra en Coetzee (1996), *Contra la censura* [ed.española de 2007], Bogotá, Debate.

de la cantidad de sangre indígena que corra por sus venas. Por ejemplo, dice que los paceños han heredado de los indios “el defecto de la mentira”.

Resultado: en la visión arguediana de la sociedad, todos los defectos y problemas deben remitirse a una causa racial, y la raza, a su vez, está determinada parcialmente por el ambiente en el que se desarrolla (además de por la biología), y por la ausencia de una buena educación.

“[Ofrece] el país espectáculo desconsolador desde el punto de vista del comercio, de la industria y, sobre todo, de la institucionalidad, pues está atascado en graves y hondos males provenientes, en primer término, de desgraciados atavismos, y en segundo, de una educación defectuosa o incompleta; o, mejor, de la absoluta falta de educación.”

Por consiguiente, ha sido una gran desgracia para Bolivia el no recibir corrientes migratorias europeas:

“De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país orientación conciente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral, y estaría hoy en el nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes migratorias venidas del viejo continente”.

Arguedas ofrece un tributo provinciano y muy de la época al nacionalismo europeo, que en ese tiempo, antes de la Primera Guerra Mundial, vivía su momento culminante: el hombre blanco, como había dicho Kipling, debía llevar la “carga” de corregir los defectos de las otras razas y civilizarlas. Arguedas, que debía haberse considerado como parte de los denigrados por los europeos, se identifica, sin embargo, con sus simplistas “salvadores”.

En una recaída en el mecanicismo que puso de moda el positivismo previo a él, Arguedas repite, con aprobación, a Unamuno, quien al parecer creía que “tanto el ‘roto’ chileno como el ‘cholo’ boliviano no han heredado de sus antepasados un sistema nervioso suficientemente complicado para que responda a las excitaciones de la cultura moderna”. Para este positivismo ingenuo, el pensamiento es al cerebro lo que la bilis al hígado, una simple secreción.

Pueblo enfermo es una difamación en amplia escala de la gente que habita el territorio boliviano; constituye una expresión de racismo euro-centrista poco atenuada por la esperanza en una redención educativa de las razas consideradas “enfermas”.

No es raro que *Pueblo enfermo* se conecte con un intento posterior, y mucho más radical, de remodelar el mundo de acuerdo a una supuesta “ciencia de las razas”. En la edición de 1936 de su obra,

Arguedas cita largamente a Hitler, aprobando que el objetivo del Estado sea la “conservación racial del hombre”, mediante la evitación del cruzamiento “que conduce fatalmente a la extinción del producto híbrido”, pues no se debe caer en el error “casi inconcebible [de] creer que, por ejemplo, un negro o un chino se convierten en germanos porque aprenden la lengua alemana”. Tres frases de *Mi lucha* que, entre otras del líder nazi, Arguedas hace suyas.

Al sostener que algunas razas son superiores a otras, la élite a la que perteneció Arguedas –que pasó a la historia con el nombre de “liberal”– tuvo en realidad una adscripción muy problemática al liberalismo político y a democracia. Si la base de ambos, tanto de la corriente ideológica como del sistema de gobierno, es la suposición de que *somos iguales* racional y legalmente, y por tanto las desigualdades reales (entre ellas la racial) deben quedar fuera de consideración, a fin de posibilitar nuestra actuación conjunta en la política;⁸ entonces las élites “liberales” del pasado no fueron democráticas más que dentro de límites extraordinariamente estrechos. Si la existencia de la democracia exige una *abstracción* –que del hombre real y sus diferencias (rico o pobre, fuerte o débil) extrae al *ciu-*

8 Robert A. Dahl (1989), *La democracia y sus críticos*, Barcelona, Paidós, 1992.

dadano formal, con iguales derechos y obligaciones—, las élites arguedianas fueron incapaces de aplicarla a los indígenas, los cuales quedaron así al margen. El racismo atrofió la imaginación de estos hombres y, por eso, su concepción de la democracia fue una “abstracción” menos poderosa, que se efectuó exclusivamente respecto a quienes ya eran de hecho bastante parecidos: los blancos, los letrados, los vecinos con patrimonio e ingresos. Fue una “abstracción” precaria, débil y cobarde, que sólo sacó iguales de quienes ya lo eran realmente. La élite “liberal” no podía, por mucho que se lo propusiera, ver como iguales a los indios (aunque los más lúcidos de sus hombres abrigaran la esperanza de que algún día, luego de un intenso proceso de educación, algo así, si bien no todavía muy nítidamente imaginado, sería posible).

La crítica de Tamayo

En *Creación de la pedagogía nacional* (1910), Tamayo enfrenta la imitación “bovarista”, es decir, simiesca, del modelo racionalista de la Europa ilustrada, y propone la adopción de una vía propia. Siguiendo a sus maestros alemanes,⁹ Tamayo rechaza la pretensión ilustrada de resolver todos los problemas humanos, en este caso las deficiencias del país, por medio de un incremento constante del conocimiento. De ahí su cruel y poderosa diatriba en contra de la educación, es decir, en contra de la concepción que de ella predominaba entonces en Bolivia, que era la positivista, y cuya expresión más ridícula se cifraba en el proyecto de enseñar gimnasia sueca a los indios, para mejorar la raza “científicamente”.

En los románticos encontramos una vibrante oposición a la reducción positivista de la complejidad de lo real, y sobre todo de lo humano, a un

⁹ Juan Albarracín, *El pensamiento filosófico de Tamayo y el irracionalismo alemán*, La Paz, Akapana, 1981.

conjunto de leyes causales y de resultados experimentales. Estos filósofos comprendieron que el *cientificismo* era un intento ingenuo e imposible¹⁰ y que sólo por su infinita arrogancia el hombre podía creer, como hacía Descartes, que faltaba poco para descubrir una teoría que fuera capaz de volverlo todo inteligible, que reflejaría perfectamente el mundo en el conocimiento humano, igual que en un espejo, usando para ello las imágenes matemáticas que tan útiles eran en las ciencias naturales.

Hamann, Herder y sus seguidores (así como otros autores externos al romanticismo, como Vico), pese a sus peligros, tienen la virtud de mostrar cuán pomposa e infantil es esa clase de modernismo que, apoyándose en una exagerada fe en los poderes creadores del hombre, pasa por alto la complejidad y la fragilidad de la vida y la precariedad de todas las certidumbres hasta ahora logradas, y entonces intenta imponer su propia idea de la felicidad humana *urbi et orbi*, porque supone que esta idea, y *la cultura de la que proviene*, es demostradamente superior que otras visiones y tradiciones. Este modernismo está lleno de buenas intenciones y de conciencia de su propia misión, y por eso puede terminar siendo avasallador y autoritario. Hoy forma el lado más

10 Isaiah Berlin (1960), *Vico y Herder*, Madrid, Cátedra, 2000.

crudo, menos sofisticado, de la Ilustración. Pero durante mucho tiempo fue su centro.¹¹

Tamayo es uno de los primeros autores bolivianos que lo combate. Con una pluma insuperada dentro del ensayismo nacional, ridiculiza los esfuerzos de sus compatriotas por “ser europeos”, esfuerzos que terminan siempre en fracasos estruendosos, porque no parten de la verdadera “psicología nacional”, que Tamayo veía como una combinación de características biológicas y mentales, y que llamaba a entender y a formalizar en alguna clase de teoría.

Es interesante anotar esta contradicción, que se repite en casi todos los detractores del pensamiento “cientifista” occidental. Por un lado, se critica la ciencia como imprecisa e incluso inexistente, y se descalifica, con razón, sus pretensiones “imperiales”. Por el otro, se intenta sostener dicha crítica sobre alguna clase de conocimiento *mejor fundado*, es decir, científico él mismo. Tamayo incluso llegó a pedir que fueran expertos europeos los que diagnosticaran la psicología nacional, con métodos que,

11 Dan un testimonio contemporáneo de esta forma de pensar quienes creen, por ejemplo, que el descubrimiento de una teoría que unifique la mecánica cuántica con la astrofísica constituirá “una explicación integral del universo”. Aun suponiendo que esa teoría se encontrara en algún momento, es obvio que ella no llenará, sino acaso ampliará, el abismo de todo lo que no podemos entender, relacionar o manipular. A esta desproporcionada confianza en el método científico, y a la subestimación de las dificultades del conocer, es a lo que aquí llamamos “positivismo” o “cientifismo”.

según da a entender, son los que manejan grandes científicos como por ejemplo “Bacon y Darwin”.

Contradicciones aparte, lo que nos interesa es el intento de Tamayo de hacer que sus contemporáneos giren la vista *hacia adentro*, en lugar de vivir pendientes de las últimas novedades europeas, que además no entienden. No hay que educar la inteligencia, dice, sino la energía y la voluntad (lo que es un designio de inconfundibles ecos románticos). Y sigue: la voluntad y la energía surgirán, no de los textos europeos, sino de una toma de conciencia de la propia condición, del potencial que anida en los mismos bolivianos. Frente al “bovarismo” extranjerizante, la exaltación del paisaje y el hombre nacionales. Y, por encima de los demás, del *indio*.

Tamayo inaugura el indigenismo boliviano con su opinión, extravagante en la época, de que el indio era el mejor boliviano, el que poseía más energía y voluntad, justamente porque vivía *apegado al suelo*, en lugar de llenar su imaginación con los inútiles pájaros del europeísmo.

El indio, el único espécimen boliviano con la fortaleza para sostenerse a sí mismo, sin pedir ni engañar ni fingir lo que no es. El único con energía y voluntad, capaz de ser él mismo. Quizá no fuera el más inteligente (esta virtud le pertenece sobre todo al mestizo), pero eso lo mantiene a salvo de la emu-

lación sin ton ni son. El mejor boliviano. El símbolo del ser nacional y, en perspectiva, su *pastor*.

Aquí debemos aclarar que la crítica de Tamayo a la arrogancia de la Ilustración –aunque sobre todo de la versión nativa de ésta– no se hace desde una perspectiva democrática, sino en los mismos términos aristocráticos que los que guían a los intelectuales positivistas bolivianos. Si estos pensaban en un gobierno de quienes estaban imbuidos del *logos* europeo, cuyo propósito sería educar y *civilizar* al país en su conjunto, Tamayo pensaba igualmente en una élite educadora –justamente, creadora de una nueva *pedagogía nacional*–, pero formada por los indios o al menos de carácter indigenista (esto no queda claro: quizá Tamayo creía en un élite de educadores de indios, que modelara las virtudes que se podía hallar, al natural, en los aborígenes).¹² Era en todo caso, lo mismo que sus adversarios, partidario del “gobierno de los mejores”, aunque en su caso los mejores no eran los más europeos, sino, todo lo contrario, los más antiguos, es decir, los menos afectados por la “euro-manía”;¹³ los más ligados a la tierra; los que (supuestamente) no son *producto*, sino *víctimas* de la catástrofe de la Conquista, esa

12 Guillermo Francovich, en *El pensamiento boliviano del siglo XX* (1956), Cochabamba, Los amigos del libro, 1984, dice que Tamayo asignaba a los indios el mismo papel que los nazis a los arios.

13 No nos engañemos, sin embargo: Tamayo admiraba al Viejo Continente. Sólo despreciaba a sus vicarios nacionales.

mezcolanza sangrienta que sacó a todas las razas de sus respectivos sitios, y las llevó al estado de degradación actual.

También en este diagnóstico Tamayo coincide con los intelectuales a los que critica. Estando ausente en ese momento la perspectiva democrática, nadie discrepa de la conclusión de que la mezcla y el desbarajuste que había resultado del choque hispano-indígena solamente podían deplorarse. Pero hay una importante diferencia. Tamayo se mofa de quienes sacan de esa confusión y esa decadencia un gran resentimiento en contra de Bolivia y los bolivianos, porque no son europeos (y, en efecto, tal es la visión de Arguedas), en lugar de observar y apreciar el valor inmejorable de la raza indígena.¹⁴

Al señalar esto, Tamayo no deja de ser racista, ya que atribuye características inmutables, naturales, a los grupos sociales, pero su racismo es directamente inverso que el de Arguedas, cuyo propósito es mostrar la insignificancia de la población autóctona. Este es racista para denigrar; aquel, para exaltar. Éste se avergüenza del pueblo al que lo destinó la suerte; aquel se siente orgulloso de él, aunque para justificarse deba ejercer una operación de mitificación y convertir al indio real, que además, como él mismo debe admitir, se mestiza crecientemente, en

14 La doctrina democrática diría: “de la diversidad de razas”.

un “indio imaginario”, uno de los personajes de *Raza de bronce*, la novela del otro, de Arguedas. Paradoja de las ideas.

El aporte de Tamayo al pensamiento político boliviano es, pues, formidable. Con él, por primera vez un intelectual nacido en este país (dentro de sus clases acomodadas, además) invita a sus compatriotas a valer y hacerse valer; a ya no ser los parientes pobres de los españoles o, en extremo, de los suecos; a dejar de odiarse a sí mismos y, en lugar de eso, a amar su propia peculiaridad, su condición *única*.

La creación de la pedagogía nacional es uno de los documentos más persuasivos y poderosos del nacionalismo boliviano, aunque debe tomarse en cuenta que su héroe no es “el boliviano”, como se plantearía posteriormente, sino un símbolo de éste, el indio.

El problema de Tamayo no es determinar si el pensamiento ilustrado tenía o no probabilidades de éxito en un país indio como Bolivia, sino criticar este pensamiento, en especial porque hace hincapié en el conocimiento (y por tanto en la inteligencia como facultad humana superior) como alternativa de emancipación humana, sin observar que éste también puede causar daño, cuando en nombre de él se deja de lado o se hiere y desplaza otros valores y otras tradiciones y saberes.

“La mas viva y directa manifestación de [la] región interior del hombre no son las ideas ni los conocimientos: son las costumbres. Y las costumbres no son otra cosa que el régimen de la voluntad; la educación, el desarrollo y, en su caso, la creación de la voluntad”. “Este es el camino de los fuertes que no confían más que en la naturaleza y en la vida, frente a toda ciencia”.

El joven Tamayo (escribió *Creación* a los 31 años) es el más importante antipositivista boliviano.¹⁵ ¿Por qué adoptó esta postura? Las razones son filosóficas y biográficas. O quizá primero que todo biográficas, porque el exilio de su padre, Isaac –un personaje de la política de fines del siglo diecinueve, que salió del país como resultado de la Revolución Federal acometida por los liberales– lo llevó a Europa, a familiarizarse con los filósofos irracionalistas de donde sacarían sus argumentos contra el positivismo.¹⁶

La biografía de su padre, figura fundamental dentro de su vida, un hacendado muy rico que casó con una mujer indígena, también explica el desprecio que sentía por el liberalismo en 1910. Esta animadversión luego iría menguando, como ocurre normalmente en las sociedades pequeñas en las que

15 Ramiro Condarco, *Franz Tamayo, el pensador*, La Paz, s.e., 1989.

16 Juan Albarracín, *op.cit.*; Baptista, *op. cit.*

todas las personas “ilustres” se conocen, interactúan, se influyen y controlan mutuamente. Aunque Tamayo nunca fue una figura convencional (reivindicaba –exagerándolo– su origen indígena, y se casó con lo que ahora llamamos una “mujer de pollera”), en el campo público entró bien pronto en la órbita liberal, aunque manteniéndose dentro de sus facciones críticas, el radicalismo y el republicanismo. Es un dato curioso y revelador que terminara colaborando políticamente con Felipe Guzmán, el mismo abogado racista contra el que había polemizado en 1910.¹⁷ Además, su paulatina adaptación al pensamiento oficial del país se hizo más fácil conforme éste se volvía menos extranjerizante y daba paso al proto-nacionalismo, encarnado en personajes como Bautista Saavedra, Salamanca y los militares que volvieron del Chaco. Tamayo tuvo relaciones políticas con todos ellos, y ocupó altos cargos públicos en diferentes momentos del periplo histórico que llevaba al país del liberalismo a la Revolución Nacional.¹⁸ Nunca dejó de compartir responsabilidades con la oligarquía ilustrada de su tiempo, pese a su vehemente crítica de *Creación de la pedagogía nacional*. Este libro, analizado aisla-

17 Baptista, *op. cit.*

18 Como se sabe, el mejor relato de este proceso se lo debemos a Herbert Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional boliviana*, La Paz, Juventud, 1987. El papel de Tamayo está retratado por Fernando Diez de Medina (1942), *Hechicero del Ande*, La Paz, Juventud, [4ta. edición], 1980.

damente del resto de la obra tamayana, posee un potencial político inmenso, que posteriormente su autor no canalizó ni mantuvo con coherencia.¹⁹ Lo cual, lógicamente, haría más difícil la reivindicación de su figura por parte de las generaciones posteriores.

Nos interesa el joven Tamayo, del autor de *Creación*. En las páginas de su libro éste combate, sobre todo, la forma imitativa y caricaturesca en que los bolivianos de su época eran eurocentristas. Con un vigor incomparable dentro de la ensayística boliviana, denuncia la tendencia nacional a perseguir quimeras librescas y evadir al mismo tiempo la dura realidad del país, tendencia que denomina “bovarysmo”. Recordemos que Guzmán pretendía importar “la gimnasia sueca, los polígonos de tiro alemanes, los baños escolares suizos”, para reorientar el desarrollo de los indios *hacia el bien*.

Tamayo protesta brillantemente contra la manía boliviana de poner los planes por delante de los hechos, y de mirar con tanta avidez y servilismo hacia fuera, al mismo tiempo que se peca de insensibilidad respecto a la realidad nacional:

19 Esta es también la opinión de Baptista: “Adversario de los positivistas y de los liberales, tenía sin embargo con ellos afinidades ideológicas que le impidieron trascender, políticamente, al país nuevo –sin siervos en la cima ni barones en la cima– que lo reclamaba como su profesor de energía”. (Op. cit.) Una idea similar se encuentra en José Roberto Arze, “El pensamiento sociológico de Franz Tamayo”, en Signo 67-68-69, La Paz, 2006.

“Los simuladores de la ciencia pedagógica en esta nuestra América participan naturalmente del artista y del juglar. Del artista, porque se ocupan de cosas irrealles y con apariencia de verdad; del juglar, porque todo ello es, en el fondo mezquino y despreciable”.

Y luego se pregunta: “¿qué es lo que tenemos que hacer, entonces?”

“Dejar de simular; renunciar a las apariencias de las ciencias y emprender la ciencia de las realidades; trabajar, trabajar, trabajar, y en el caso concreto, cerrar los libros y abrir los ojos... sobre la vida.”²⁰

Tamayo no es completamente o, mejor, no es consecuentemente antieuropeo, a diferencia de por ejemplo Fausto Reynaga, un indianista posterior que solía llamar a Europa “prostituta y asesina” (aunque lo hacía, eso sí, en buen castellano). Tampoco, como hemos dicho, se oponía radicalmente al “logos”, cuyo despliegue en la cultura europea admiraba. Pero creía que las “chirigotas científicas” debían venir después, “a posteriori”. Lo

20 En 2006, el primer Canciller indianista que tuvo la República, David Choquehuanca, declaró a la prensa que él “no aprende leyendo libros, sino las arrugas de los viejos”, causando escándalo en el ambiente intelectual boliviano, todavía ganado por el positivismo y en muchos casos por el racismo. Enfrentando una ola de críticas, Choquehuanca no acertó a replicar que tan solo hacía eco del gran Tamayo.

primero era la realidad y, con más precisión, *la vida*, es decir, aquello en lo que estamos involucrados y que transformamos con nuestra obra diaria. Asoma aquí el existencialismo que pensadores posteriores desarrollarían a partir de algunos de los autores favoritos de Tamayo (de los cuales hablaremos más adelante).

“Es la vida misma que modela nuestros dedos, y que, con todos sus misterios y sorpresas, se manifiesta a nuestros ojos, los cuales prefieren cerrarse a ella para sólo abrirse a un mundo exótico y extraño, que no debería interesarnos sino oblicuamente...”

Se trata de un esfuerzo para reencontrar el valor de lo propio, una exégesis que al mismo tiempo es una *ascesis*, el ejercicio de purificación típico de todo nacionalismo, en el que la comunidad acumula la fuerza y decisión necesarias para enfrentar la adversidad histórica.

“Tratándose del conocimiento de nosotros mismos, no hay ciencia europea que valga; somos un algo vivo: [debemos] descubrir nuestra ley de vida, que seguramente no es francesa ni otra sino boliviana”.

El “nuevo racismo” de Tamayo

Hasta aquí se ha expuesto el “particularismo” de Tamayo, su propensión a exaltar la comunidad y la cultura propias frente a las civilizaciones universalistas europeas. Pues bien, hay que añadir que este alineamiento lo contrapone al racismo entonces prevaleciente:

“Lo cierto es que [los] conceptos generales y genéricos como el de raza... no resisten un análisis severo y estricto. Los conceptos generales las más de las veces no son sino como fachadas de papel tras de las cuales no existe una entidad físicamente real o lógicamente verdadera. En este punto, permítase al que esto escribe proponer una idea radical y trascendente. Allí donde existen un padre y una madre que generan, allí existe ya una raza, es decir, allí podéis buscar y comprobar una ley biológica, que como tal, estáis en el derecho de esperar que se repita y permanezca, tantas veces cuantas las condiciones que la han manifestado vuelvan a presentarse las mismas.”

Con el léxico y de algunos supuestos metodológicos científicos (hay una “ley” y ésta describe aquello que “estáis en el derecho de esperar que se repita y permanezca”), Tamayo intenta aquí un discurso inequívocamente contrario a las generalizaciones arbitrarias del racismo positivista. “Allí donde existen un padre y una madre que generan, allí existe ya una raza”, dice. Por lo tanto, lo que cuenta es *la peculiaridad*, y afirmaciones del tipo “los indios son indolentes” caen por su base.

No es necesario aclarar que Tamayo no respetó esta posición, porque nunca pudo salirse del discurso racista como tal, sino solamente de su variante “blancófila”. Pero ideas como la citada fueron altos promontorios contra los que chocó la riada de la inferiorización del indio, y por eso deben apreciarse.

Nuestro escritor propuso un racismo de nuevas bases, ya no apoyado en especulaciones biológicas y geográficas, o sea en las ciencias naturales abusivamente consideradas, sino en la diferenciación cultural. Ya revisaremos las citas pertinentes. Primero digamos que, para que pueda hablarse de “racismo”, las diferencias culturales y étnicas deben ser presentadas como *naturales*, es decir, como determinaciones definitivas y no circunstanciales. Por ejemplo, cuando se considera a las etnias inmu-

tables (es decir, que todo cambio implica para ellas una pérdida) se las convierte en “razas”, colectividades cerradas que sólo pueden relacionarse de manera competitiva unas respecto de las otras. Michel Wieviorka lo llama “nuevo racismo”.²¹

Tamayo es un “nuevo racista” o “racista cultural”. Primero pone sobre el tapete valores en los que el racionalismo europeizante no repara, o mejor, que están *más allá* de éste, como la energía, la voluntad, el amor y la comunión con la tierra, y luego los asigna a los “indios”, que –como ya se señaló correctamente en su época– *no son los indios verdaderos*, sino una categoría intelectual, una suerte de “invención política”, que sólo en parte corresponde con su modelo real, pero que de ninguna forma puede reducirse a éste ni determinarse biológicamente. Indio, para el Tamayo de *Creación*, indio es quien merece serlo: en primer lugar el modesto pero imbatible labrador, el único de todos los bolivianos que dedica su vida entera a producir, pero también los mestizos brillantes y honestos, como él mismo, su madre y su esposa, o incluso criollos como su padre, que por arte de prestidigitación queda convertido, en los escritos de su célebre hijo, en un “indio puro”. Estos indios *honorarios* están asociados en la mente de Tamayo a la aristo-

21 *El racismo, una introducción*, La Paz, MAERF/Plural, 2002.

cracia, a la nobleza. Así, según él, los Tamayo fueron una dinastía de nobles indígenas, y su madre descendía de los emperadores precolombinos.

En cuanto al mestizaje biológico, en *Creación* lo observa como un proceso inevitable (“no azar, sino fatalidad”), cuyo resultado sería o debía ser la producción final de hombres dotados del carácter de los indios. Los blancos tenían que puntar a eso si no querían ver su raza languidecer.

Al mismo tiempo, se estrella contra el *cholo*, que no es el que tiene la sangre mezclada (el destino inevitable de todas las razas y de paso su propio avatar personal), sino el que personifica la imitación, el bobarysmo, la adopción a tontas y locas de lo europeo, y por tanto el desprecio de lo propio.

“[Con la instrucción] se produce una evolución psíquica que no hesitamos en llamar malsana. La naturaleza primitiva del cholo despertada a los primeros ejercicios de la propia razón y de la propia reflexión, toma en seguida un sesgo jactancioso y adquiere luego un pliegue de presunción. Lo primero que siente es una superioridad (que de hecho existe) sobre la grande masa analfabeta de la nación. Un falso miraje interior le hace dar a la letradura una importancia muy mayor de la que realmente tiene. Establece de hecho una distancia y una diferencia entre sí y el indio, *que en ver-*

dad no son tantas ni tan grandes, y que si existen tal vez existen desventajosamente para el cholo.”²²

Tamayo se pregunta: ¿Qué pasa cuando es el indio (y no el cholo) el que se beneficia con la instrucción primaria?

“Cuando el indio la adquiere, es el primer paso que da a la comunidad nacional. Pero aquí viene lo crítico del caso. Por una ley imitativa, el indio, letrándose, pierde gran parte de sus virtudes fundiales... Ya hemos visto rápidamente lo que la escuela hace del cholo, y de qué manera modifica su naturaleza interior. El indio que ha pasado por la escuela ha sufrido la misma disciplina. La primera manifestación es la pérdida de las virtudes características de la raza: la sobriedad, la paciencia, el trabajo... El indio ve cuánto aventaja la letradura y por contagio natural, ley de imitación –y sobre todo en razón de la ínfima y paupérrima condición de donde sale–, luego acepta el nuevo régimen: y luego se hace, del ser infinitamente grave y respetable que era a los ojos del sabio, el jimio vicioso, ambicioso e insustancial que es el elector boliviano en su gran mayoría.”

El problema, pues, para el joven Tamayo, no está en la raza, sino en la Ilustración, la cual nos pide

22 *Cursivas mías.*

hacernos más sabios, cuando deberíamos volvernos más fuertes. Y más fuertes son los hombres mientras más lejos se hallan de la modernidad, y más cerca de las fuentes primordiales de la vida: la tierra, la sabia de los árboles, la producción. Quienes viven así son *gente auténtica*, no meros copistas de otras culturas. Y entonces son portadores de una energía propia, que surge del propio suelo, y que es la única capaz de crear nuevas cosas, de construir un país que no sea el remedo de ningún otro. Si Tamayo exalta al indio boliviano es justamente porque, al no ser un imitador de los europeos, está habilitado para realizar el destino nacional.

“El indio se basta. El indio vive por sí... el indio es constructor de su casa, labrador de su campo, tejedor de su estofa y cortador de su propio traje; fabrica sus propios utensilios, es mercader, industrial y viajero a la vez; concibe lo que ejecuta; realiza lo que combina, y, en el gran sentido shakesperiano, es todo un hombre... El indio es el verdadero depositario de la energía nacional”.

Combate además los intentos de encasillar al ser nacional en uno de los niveles inferiores de una escala cultural eurocentrista. Interpela a los doctores ilustrados empeñados en modelar al indio, y les exige, en lugar de eso, estudiarlo para encontrar en él, en sus virtudes

productivas y en su talante estoico y corajudo, los recursos con que puede contar el país para hacerse valer en el concierto internacional. Su interpretación de la consigna liberal “educar (crear ciudadanos) y no solamente instruir (proveer conocimientos)” era investigar primero y luego difundir un nuevo espíritu nacional, orgulloso de sí mismo en lugar de acomplejado frente a lo europeo, un proceso que él primicialmente llamó “la formación de la conciencia nacional” (creando una tradición que cultivarían apasionadamente los intelectuales de la segunda mitad del siglo veinte).

“No es verdad que el alma de nuestra raza sólo conste, tratándose de costumbres y de tendencias, de aquellos elementos negativos y funestos. Esta es una calumnia que sólo el cretinismo pedagógico es capaz de lanzar contra toda una nación y una raza”. “[Es un resultado de] este incomprensible estado, de una nación que vive de algo y de alguien y que a la vez pone un empeño sensible en destruir y aniquilar ese algo y ese alguien. Diríase rencor suicida”. “[Ya] lo sabemos, el bovarysmo... habla con una asombrosa gravedad del alcoholismo, del fanatismo, del egoísmo, etc. [del indio; pero en lo que no sueña siquiera es en] el descubrimiento, el estudio de todas las virtudes y fuerzas de la raza, la investigación de todos sus elementos de vida psicológica, la misteriosa y divina trama de

esfuerzos y actividades, de acciones y reacciones interiores que constituye la vida misma de la nación. Esto no lo han visto nunca. De esto no hablan jamás”.

En suma, el racismo de Tamayo es más complejo y en gran parte estaba basado en factores culturales, constituyendo un sistema parecido al de las “comunidades imaginadas” del nacionalismo moderno. Según él, no sólo se puede ser indio sin credenciales somáticas, sino que se puede *dejar de ser indio*, apenas se cae en manos de instituciones modernizadoras como la escuela.

Se trata, además, de un racismo inverso al de sus adversarios. Si los positivistas creían que el indio era el peor boliviano, porque era el que menos europeo parecía, Tamayo pensaba exactamente al revés: el indio era el elemento mejor preparado para constituir la nacionalidad.

El indio tamayano es, pues, un indio idealizado y ennoblecido, *imaginario*, que no corresponde con la realidad pero que al mismo tiempo constituye un símbolo muy poderoso. Símbolo de lo fundacional y auténtico de la nación, que, al adquirir conciencia de sí misma, ya no se mortifica por su inferioridad aparente frente a las culturas más avanzadas, sino que, sacando fuerzas de flaquezas, valora lo que ha logrado y lo que tiene.

Las contradictorias influencias (europeas) de Tamayo

Creación se inspira, como ya han dicho varios investigadores,²³ en el trabajo de los primeros y más perdurables críticos de la filosofía mecanicista asociada a la modernidad, cuando ésta no se había hecho aún la crítica a sí misma. Me refiero, claro está, a los románticos alemanes, los inventores del nacionalismo moderno. Hamann y Herder fueron los precursores, pero su influencia llegó a Tamayo a través de los grandes filósofos idealistas, Schopenhauer y Fichte, y de Nietzsche.

En todos estos autores pueden encontrarse ideas comunes, que podemos resumir de la siguiente manera:

- a. La actitud de conocer no agota el repertorio de posibilidades y dilemas humanos.

23 Cfr. Albarracín, op. cit., Codarco, op. cit. y Francovich, *El pensamiento boliviano del siglo XX*, ed. cit.

- b. Lo irracional desempeña un gran papel en la vida y la sociedad humanas.
- c. Los hombres no sólo somos sujetos cognoscentes, sino mucho más que eso. Lo que nos hace ser lo que somos es aquello que recibimos del pasado, la tradición en la que hemos nacido, la lengua que hablamos, y lo que nos aporta la comunidad en la que nos desenvolvemos. Nuestro destino personal está indisolublemente ligado al destino colectivo de nuestros conciudadanos. Todo esto no es desmontable ni susceptible de racionalización, sino que tiene un carácter intangible, holista y sagrado.
- d. Si la razón fuera equivalente e intercambiable con el conjunto de la realidad, todo podría nombrarse por medio de proposiciones lógicas, comparables, contrastables y jerarquizadas, y entonces podría esperarse la existencia de verdades universales irrefutadas, “leyes” capaces de producir conocimiento verdadero por vía deductiva, tal como ocurre en las ciencias naturales. Pero como no es así, como la realidad es más que la razón, las verdades sobre lo humano no son universales, sino relativas, están condicionadas por las peculiaridades de cada cultura, tradición y lengua.

Ningún individuo piensa en medio de la nada, por decirlo así, sino siempre dentro de un “marco” cultural, axiológico, conductual, que *lo determina*. Por tanto, la posibilidad de encontrar verdades sociales que no sean limitadamente locales, que no sean “ideologías” (en el sentido de “contaminadas por los intereses de cada quien”), y que reflejen al ser humano en general (u “hombre universal”) es escasa o nula.²⁴

Estas ideas constituyen el fondo intelectual sobre el que se compuso *Creación de la pedagogía nacional*. Como muestra transparentemente la siguiente cita, Tamayo, igual que los filósofos alemanes, rechaza la legitimidad universal de los valores ilustrados y los considera condicionados por el interés y la posición de cada uno. Asimismo, hace hincapié en las dimensiones no cognoscitivas del ser humano. Y finalmente antepone el *poder* –y en consecuencia la *imposición de los más fuertes*– al consenso racional.

“[S]e habla con una seguridad dogmática y doctoral del ideal de la humanidad y se le detalla en las sonoras y hermosas palabras: altruismo, verdad, belleza, etc.

²⁴ Isaiah Berlin, op.cit.

“Preguntamos, ¿dónde ha existido, no diremos ya dónde se ha realizado este ideal de la humanidad, si es lícito saberlo? Se habla de las grandes naciones y de su apogeo histórico. ¿En cuál de ellas ha existido ese famoso ideal humano de altísima moralidad? ¿Tal vez en Inglaterra a propósito de Irlanda y de la India? ¿Quizá en Alemania y Rusia, a propósito de Polonia?...

“¡Ideal de la humanidad! Esa es una irrealidad que no ha existido nunca sino como un producto artificial y falso del romanticismo [aquí este término se usa con el significado de “iluminismo”] francés... y que las naciones no han practicado jamás, ni hoy ni antes...”

“Se preguntaría: ¿quién ha definido ese famoso ideal? ¿La Biblia? ¿Cuál de nuestras infinitas filosofías? En el terreno de la realidad, ¿cuál de las naciones?, ¿cuál de las razas?”

“El ideal humano, si existe, es la preparación de las fuerzas de la nación, no en vista de un imposible y necio siglo saturniano de paz y concordia universales, sino en previsión de que la vida toda es lucha sin tregua, lucha de intereses, lucha en todo terreno y de todo género, en los mercados lo mismo que en los campos de batalla...”

“El nuevo oráculo délfico que habrá que grabar sobre la portada de nuestras escuelas no será el de *haceos sabios*, sino el de *haceos fuertes*. Esta es la solución del problema total de la vida”.

Frente a la imitación de Europa y la denigración de lo propio que se producía en su época, Tamayo llama a sus compatriotas a volver a la comunidad, la origen (que es más puro), allá donde reside la verdadera energía. Incurrir entonces en el gesto clásico del nacionalismo, la *introspección*. (Adquiriendo conciencia de sí misma, la nación acumula la fuerza necesaria para reaccionar ante un entorno adverso y propiciar las condiciones de su segura victoria ulterior). Lo cual convierte a Tamayo, que en vida estuvo condenado a rumiar los pequeños agravios y los miserables logros de su pertenencia a la élite económica, social y política del país, en el precursor de la corriente que arrasaría con esta élite en la Revolución Nacional de 1952, predominando desde entonces y, con breves intervalos, hasta el día de hoy: el nacionalismo (y, dentro de él, el indianismo).

Sin embargo, como ya hemos adelantado, nuestro escritor nunca logró zafar completamente del positivismo.²⁵ Ni siquiera en *Creación*, en la que habla por ejemplo de buscar la “ley biológica especial” de los bolivianos, entre otros casos, algunos de ellos ya citados, de uso de la terminología positivista para proponer ideas ajenas a esta corriente.²⁶

²⁵ Esta también es la opinión de Condarco, op. cit.

²⁶ Puesto que esta “ley biológica” no es una generalización de validez universal, ni una “ley” en el sentido científico del vocablo, sino un conjunto de particularidades únicas, aquellas que forman el “carácter nacional”.

Y los “resbalones” no sólo fueron léxicos. Al fin y al cabo, el positivismo era la ideología dominante de la época, aquella en la que Tamayo se formó. (Cinco años antes de *Creación* había publicado el siguiente aforismo: “El porvenir del mundo está en los laboratorios”). Además, puede suponerse que su lectura de los irracionistas no fue tan profunda como debió haber sido.

La peor de sus inconsecuencias se da cuando sugiere crear una comisión de expertos –¡y pide que sean extranjeros!– para definir de manera unívoca la ya citada “ley biológica” de los bolivianos, a partir de la cual será posible diseñar una pedagogía nacional. Apuesta así, como cualquier positivista, por reducir la complejidad social al tamaño de los procedimientos de investigación empírica. No es raro entonces que en este punto coincida con su antagonista Guzmán, para quien “son los experimentos hechos en laboratorios y gabinetes los únicos que nos llevan a conocer y definir el alma boliviana”.

El planteamiento entero fue un paso en falso de Tamayo, evidente para sus detractores, pero que él no supo admitir, ya que era totalmente negado para autocrítica. (En su abono, sin embargo, hay que tomar en cuenta el origen periodístico del libro, que es una reunión de los editoriales que publicó en *El Diario* sobre la cuestión educativa).

Como fuere, el incidente desvela una vez más, así sea tangencialmente, cuál es el pecado capital del relativismo, un pensamiento que, haciendo hincapié en el carácter determinado, temporal y particular de todas las ideas, simultáneamente se propone a sí mismo como una idea mejor que las que compiten contra él, es decir, como una concepción mejor capacitada para trascender los distintos “marcos” individuales o locales. Y es relativista, entonces, excepto consigo mismo.

Tamayo y el indianismo contemporáneo

Con lo que ya estamos listos para tratar el tema central de este folleto. Hay que partir de lo siguiente: el indianismo contemporáneo ha dejado de considerar a Tamayo un antecesor. A lo más lo clasifica como un “indigenista”, un miembro de las clases dominantes que se ocupó por razones diversas de la valoración de los indios, pero no como un “indianista”, como es de rigor denominarse hoy. (Ya detallaremos cuáles son las implicaciones de esta distinción). Y esto siempre y cuando quien así opine sea algún autor dedicado a temas políticos, y que por tanto se refiera a Tamayo incidentalmente. En cambio, los estudios culturales –denominados “post-coloniales” y “subalternos”– han desarrollado la tesis de que casi no vale la pena distinguir al Tamayo de *Creación* de los positivistas liberales de su época. Así lo indica un trabajo de la historiadora norteamericana Brooke Larson, “Pedagogía nacio-

nal, resistencia andina y lucha por la cultura pública”,²⁷ al que quisiera referirme en particular, así como al libro *El espejismo del mestizaje*, de Javier Sanjinés.²⁸ Ambos enfatizan los elementos que unen a Tamayo con sus adversarios (aunque sin detallarlos, como hemos hecho aquí) al punto de casi perder de vista aquellos que los separan. Cuando Larson repara en la diferencia es únicamente para calificar a Tamayo como “conservador”, lo que en su esquema significa *más anti-indígena*, incluso que los liberales. Sanjinés es menos simplista, pero también más contradictorio, como veremos.

Para Larson, hacia 1910, el debate pedagógico dentro de la clase dominante estaba establecido entre: “1) el agresivo modelo hispanista de unificación cultural y lingüística, diseñado para “des-indianizar” rápidamente el mundo rural boliviano a través de reformas eugenésicas y educacionales, siguiendo las líneas de “blanqueamiento” (etnocidio) aplicadas en Argentina y Chile; y 2) el proyecto paternalista y tutelar de civilización, protección y segregación indígena, el que evocaba un modelo neo-organicista de nacionalidad. Este último aspiraba a socializar a las razas blanca, mestiza e india

²⁷ Documento de trabajo No 2 del CIDES-UMSA, La Paz, julio de 2007.
²⁸ La Paz, IFEA-PIEB, 2005.

en sus lugares propios y ‘naturales’ dentro de la nación en proceso de modernización.” Supongamos por un momento que es así. Ya sabemos también que la élite liberal se decidió por la segunda opción, dado que la primera resultaba inviable en las condiciones bolivianas. Por tanto, concluimos que, en la visión de Larson, la posición de Tamayo carece de un espacio propio; que es asimilada a la política oficial de la oligarquía ilustrada.

¿Qué encuentra Larson distinto en Tamayo? Su supuesta oposición a la instrucción convencional (“humanística”, por decirlo así) del indio, ya que ésta sería una vía para su conversión en *cholo*, fuente de los males del país. Semejante oposición se debería al intento “conservador” de Tamayo y otros liberales disidentes, que formarían el “conservador” Partido Republicano, para detener la “producción de cholos” en que estaba incurriendo la modernización del país, y entonces educar a los indios como buenos labradores, hombres de trabajo, siervos obedientes.

Es difícil expresar cuán injusta es esta descripción del pensamiento de Tamayo. Expedida además de forma sumaria e irónica, en el mismo tono en que Larson juzga –no relata ni explica– los distintos esfuerzos modernizadores de la educación y del país que se efectuaron durante la primera mitad del

siglo veinte. A lo largo de su “auto acusatorio”, y cayendo por tanto en el vicio del anacronismo, Larson evalúa las políticas positivistas sobre los indios según los criterios éticos de nuestra época. Llega entonces a la conclusión previsible, y obvia, de que eran políticas primitivas y sojuzgadoras. Y las describe desde esa perspectiva, con la santa indignación típica de los estudiosos extranjeros que se ocupan de Bolivia.

Es posible que su visión general no ande del todo errada, pero le falta hacer un enorme trabajo con los matices, las variaciones personales, la distancia entre lo dicho y lo hecho; también podría pedírsele que dejara atrás el economicismo crudo o, en otras ocasiones, el idealismo desenfadado de sus hipótesis causales. En fin, se le podría objetar mucho, pero ninguna otra cosa tiene la magnitud de su equivocación con Tamayo.

Citaré simplemente unas cuántas palabras de *Creación* para que esto quede patente. Tamayo le pregunta a los “bovarystas”, es decir, a los positivistas del liberalismo, si saben lo que significaría, es decir, qué consecuencias traería para el país “civilizar al indio”, esto es, instruirlo y alfabetizarlo (aunque también podía ser beneficiarlo con “la gimnasia sueca, los baños suizos”, etc.) Y contesta esto:

“Pero señores bovarystas, ya seáis pedagogos o legisladores, ¿habéis soñado por un momento lo que significa civilizar al indio, si tan espléndido ideal fuera realizable de inmediato? ¿Sabéis lo que daría ponerle en estado de aprovecharse directamente de todos los medios de vida de la civilización europea, de todo género de conocimiento e instrumentos? Eso sería vuestra ruina irremediable e incontenible.”

Este párrafo prueba más allá de dudas que Tamayo era plenamente conciente de las posibles consecuencias políticas que podría tener la educación de los indios, justo cuando, al mismo tiempo —como los indianistas señalan hasta el cansancio— se gestaba un movimiento de caciques aymaras interesados en educarse para estar en condiciones de reclamar los títulos de propiedad de sus tierras, que les habían sido arrebatados a fines del siglo diecinueve. Es decir, Tamayo no está en Babia, como sugiere Larson. Y sólo esto bastaría para diferenciarlo de Arguedas o de Guzmán (con quienes ella sin embargo lo confunde), que en la misma época sostenían que los indígenas ni siquiera eran capaces de rebelarse (supra).

En cambio Tamayo sabía bien lo que estaba en juego. Demostrado este punto, lo siguiente es preguntarse: ¿Se opone por tanto a semejante proceso, para defender sus intereses de terrateniente? ¿Intenta

“detener” la movilidad social, como se lo acusa, a fin de que los indios no se convirtieran en los terribles y despreciables cholos? La única manera honesta de responder a estas preguntas es dejando que lo haga el propio Tamayo:

“¡[La educación del indio] sería habilitar al verdadero poseedor de la fuerza y la energía, a sacudirse de todo parasitismo, a sacudirse de vosotros, como la grey refortalecida y ruborizada se sacude de la piojería epidémica! ¡Adiós todo bobarismo pedagógico! ¡Adiós parasitismo gubernativo y legislativo! Sería el despertar de la raza y la reposición de las cosas”.

O sea que no sólo que Tamayo no se opone a la educación indígena, sino que la saluda como “despertar de la raza” y la “reposición de las cosas”. Aunque con la diferencia, respecto a los positivistas, de que no se engaña respecto al precio que los blancos tendrán que pagar por ello.

Larson desconoce la tradición filosófica de la que se derivan los apotegmas de Tamayo, y por eso cuando éste afirma que la instrucción, *tal como hasta ese momento de había desarrollado*, en lugar de lograr que el indio y el cholo se sintieran más orgullosos de ser quienes eran, los había convertido en “electores”, es decir, en multitudes alienadas y

manipuladas, no entiende que se trata de una crítica a la modernidad. En lugar de eso, cree que se enfrenta a un ardid para modernizar Bolivia sin educar a los indios (en el sentido humanístico), pero sí adiestrándolos para el trabajo físico. La autora tiene dificultades para imaginar motivos ideológicos que no sean económicos (y en otros casos, a la inversa, para pensar causas políticas y sociales que no sean ideas formalmente expresadas).

Así es como acusa a Tamayo, ¡increíble!, de pretender que el Estado boliviano *le enseñe al indio a producir*, cuando a todo lo largo de *Creación* este autor no hace más que afirmar que *sólo el indio sabe cómo hacerlo*, y que los demás, en especial las élites liberales “bobaristas” *deberían aprender de él*, a ver si así se les quita la molicie, la incapacidad de mantenerse a sí mismas, el apetito por las canonjías, la ineptitud general. “El indio es el único que, en medio de esta chacota universal que llamamos república, toma a lo serio la tarea humana por excelencia: producir”. Eso dice Tamayo. Y uno se pregunta entonces si Larson habrá leído realmente *Creación de la pedagogía nacional*.²⁹

²⁹ Arze también hace una interpretación parecida, a partir de la cita siguiente: “Soldado, minero, labrador, esto ya es el indio y lo es de manera inmejorable... Una educación sabia debería desarrollar estos tres tipos de hombre en el indio”. Pero olvida completar la cita. A partir de esas habilidades naturales, dice Tamayo en el mismo capítulo de su libro, hay que sacar: “matemáticos de primer orden, constructores e ingenieros”,

Entonces, ¿a quién quiere Tamayo educar? En otras palabras, ¿cuál es el aspecto positivo de su pedagogía? Primero, ya lo hemos dicho, Tamayo no pretende que el indio aprenda, sino que *se aprenda del indio*.³⁰ ¿Y quienes deben hacer este aprendizaje? Pues las élites, por supuesto, a fin de que dejen de ser ferozmente anti-indígenas. Tal es el planteamiento “conservador” de Tamayo:³¹

“Según nosotros se trata nada menos que de la reeducación de aquella parte de la nación que tiene en sus manos la dirección de toda cosa pública, ya sea en el orden estatal, ya sea en el sentido social. Se trata de reeducar a todos los que por ley, por la sangre, por la educación, por las costumbres y a veces por la sola casualidad, están por encima del indio autóctono. Se trata de destruir un prejuicio secular que ha abierto un abismo entre todo lo que es indio y lo que no lo es.”

así como “hombres de Estado, gobernantes y grandes patricios”. La cuestión de Tamayo, pues, es de método, no de limitación del alcance de los estudios indígenas. Sin embargo, Arze reconoce a Tamayo como precursor del nacionalismo y no lo confunde con los liberales positivistas, como hacen Larson y Sanjinés.

30 En puridad, no se trata de una propuesta pedagógica, como las de Rouma o Sánchez Bustamante. Estamos más bien ante una especulación sobre la identidad nacional. Y a Larson se le escapa también esta diferencia.

31 Arze lo llama “paternalista” porque interpreta ‘educar a las élites’ como ‘dejar en manos de ellas la solución del problema’. Se trata una crítica más certera y coincido con ella, aunque con reticencias. Creo que *Creación* no deja ver si en ese momento Tamayo confiaba en una élite propiamente indígena o blanca pero convertida al indigenismo. Lo segundo, que es lo que cree Arze, resulta ciertamente más probable. Pero incluso así, pedir la revaloración de lo indígena no me parece “conservador”.

Sanjinés, por su parte, enfrentado a un planteamiento como el de Larson, que le hizo algún estudiante de una universidad norteamericana, es decir, a la afirmación de que “en la práctica, Arguedas y Tamayo son lo mismo”, considera que diferenciarlos resulta “fundamental”. Un instante después de lo cual, sin embargo, los confunde él mismo, diciendo que “*Creación de la pedagogía nacional* eliminó la posibilidad ‘real’ de que el indio se transformase en cholo letrado, reemplazándola por la metáfora ‘ideal’ del indio amestizado, occidentalizado, de acuerdo con los intereses del sector criollo-mestizo latifundista”.

Sanjinés afirma esto en la página 55. Y el lector, ya familiarizado con nuestro tema, sabe perfectamente lo que implica esta cita. Lograr un “indio amestizado, occidentalizado, de acuerdo con los intereses del sector latifundista” era el objetivo de los positivistas. ¿Qué señala Sanjinés, entonces? Que, pese a la “fundamental” necesidad de diferenciar a Tamayo de los positivistas, en realidad uno y otros buscan el mismo propósito. Ergo, “en la práctica son lo mismo”. ¿Nota el lector la contradicción?

No es la única al respecto. En la página 41 de su libro, Sanjinés dice otra cosa; dice que *Creación* ocupó un lugar importante en el “cuestionamiento al orden imperante”. Y lo mismo en la página 57:

El discurso de Tamayo, afirma, “planteó un camino diferente del liberal decimonónico que dividió la realidad entre civilización europea y la barbarie americana. A diferencia de éste, lo autóctono [Tamayo] exaltó la cultura indígena y las fuerzas telúricas del medio ambiente, las que... superarían el determinismo mecanicista y el darwinismo social”. Sin embargo, en otra parte, en la página 40, afirma que “Tamayo no alteró significativamente el modelo dominante de pensar el Otro, es decir, al indio, prescindiendo del propio indio”.

¿A qué se deben estas contradicciones? Preconcebidamente, no voy a atribuir las a deficiencias del autor. Mi tesis es que Sanjinés, por ser boliviano y por haber admirado a Tamayo en el pasado, está conciente del aporte innovador de *Creación*, pero al mismo tiempo no puede romper del todo con Larson y en general con la corriente indianista a la que *El espejismo del mestizaje* se afilia, un tipo de pensamiento para el cual todo lo que provenga de las élites blancas hispano-parlantes y terratenientes es más o menos la misma cosa: explotación económica y marginación social y cultural del indígena. Como ya hemos dicho, el indianismo tiende a juzgar el comportamiento de las personas que vivieron hace un siglo conforme a las reglas axiológicas de hoy.

En una más de sus contradicciones, Sajinés critica a Larson por querer meter demasiados gatos en la bolsa del positivismo, pero repite su argumento principal contra Tamayo, esto es, que éste se opone a la movilidad social del indio, para evitar que se convierta en cholo. “El flujo social del indio fue intervenido y controlado en *Creación de la pedagogía nacional*”, escribe. Por supuesto, lo mismo que Larson, no abona su tesis con ninguna cita. Nosotros en cambio ya hemos tenido ocasión de leer, directamente de las palabras de Tamayo, lo que éste pensaba del “flujo social del indio”. Pero quizá ha sido insuficiente. De modo que volvamos a él, para que se encargue de poner punto final a esta discusión:

“Nuestros absurdos intérpretes tampoco nos han comprendido en este punto. La letradura española no puede menos que ser buena en sí para el indio, al letrarse, se aproxima al cholo y al blanco, y al aproximarse a ellos pierda parte de sus buenas costumbres y adquiere todos o casi todos los vicios del blanco y del cholo. *El ideal sería letrar al indio, aproximarlos a las clases superiores, por medio de esta letradura, y hacer que a la vez conserve sus grandes cualidades morales y características.* Esta y no otra es la cuestión.”³²

³² *Creación de la pedagogía nacional*. Las cursivas son mías.

Para eso justamente plantea Tamayo una nueva pedagogía: para educar primeramente a los blancos, de modo que estos, liberados de su complejo de inferioridad frente a lo europeo, ya no echen a perder a los indios, sino que aprendan a potenciar sus virtudes naturales. Este es el núcleo del mensaje tamayano, y quien no lo ha comprendido no entendió su libro.

No se trata, por tanto, como tan desenfadadamente señala Sanjinés, de que el flujo del indio, su mejoramiento educativo, fuera “explícitamente negado por Tamayo en su ensayo fundacional”. Tamayo no niega el proceso mencionado; *lo quiere reorientar*, que es una cosa muy diferente. Así lo prueban las citas anteriores, que no fueron adecuadamente consideradas por Sanjinés. Tal es la ligereza (o, mejor, el prejuicio) con que éste y otros indianistas escriben.

Lo mismo sobre la relación entre Tamayo y el mestizaje. Según Sanjinés, el autor de *Creación* pensaba que el camino de la regeneración nacional era el “mestizaje ideal” (no el real, que, ya lo hemos visto, supuestamente combatiría); e incluso que en la lucha nacional los mestizos debían dirigir a “la cultura indígena y a las fuerzas telúricas”. Con ello convierte a Tamayo, de antecesor del nacionalismo en general, y sobre todo de su vertiente indianista,

como se creía hasta ahora, en una suerte de “nacionalista revolucionario *avant-la-lettre*”.³³

Refutemos este “descubrimiento”. En primer lugar, esta última idea de la supuesta dirección mestiza está basada en una mala interpretación de algunas páginas de *Creación*, en las que se sostiene que los mestizos han tenido la posibilidad de ejercitar la facultad de la inteligencia, mientras que los indios no; la inteligencia, opina Tamayo, *no es su fuerte*, por decirlo así. Una lectura racionalista de estas palabras³⁴ conduce a la presunción de que Tamayo ubica a los mestizos por encima de los indios. Pero esto, una vez más, sólo muestra el desconocimiento de estos comentaristas de las filosofías que seguía el joven Tamayo, las cuales despreciaban la inteligencia respecto a otros valores considerados más importantes, como la voluntad, la fuerza, la vitalidad, la alegría, el deseo de poder. Basta leer un poco a Nietzsche para darse cuenta de eso. Por tanto, la deducción es falsa. Además, incluso en el campo puro de la inteligencia, Tamayo pensaba que, si bien el indio la tenía “limitada y no desenvuelta”, aún así, gozaba respecto a las demás razas de “innegables condicio-

33 Pero al mismo tiempo, contradictoriamente, lo considera más cercano a los positivistas de lo que realmente estuvo, como ya dijimos.

34 Sanjinés se estrella contra el racionalismo, pero, como tantos otros antes de él, no puede evitar caer en él.

nes de superioridad en lo que llamaríamos la calidad del pensamiento”.

Por tanto, jamás pensó Tamayo en que los mestizos (*la inteligencia*) debían dirigir a los indios (*la pura voluntad*), como supone Sanjinés (sin recurrir, obviamente, a las citas necesarias). Todo lo contrario, en el mestizaje en el que cree Tamayo se anticipa el ulterior predominio del factor indio sobre los otros aportes que concurran a él.

Pero antes de detallar esto discutamos brevemente el adjetivo que usa Sanjinés para referirse al mestizaje tamayano. Lo llama “ideal”. Me he preguntado si lo hace en el mismo sentido en que aquí hemos hablado de “indio ideal”, es decir, un *tipo por construir* antes que un espécimen de la realidad, o si su propósito era otro. Y he encontrado que es lo segundo. Sanjinés quiere subrayar la diferencia de este mestizaje con otro que denomina “real” y que es la “letradura” de los indios, para poder concluir entonces que Tamayo busca el primero, mientras que se opone al segundo. Pero ya hemos mostrado suficientemente que esto último es falso.

¿Qué piensa realmente Tamayo del mestizaje? Para responder primero hay que diferenciar el mestizaje *cultural* (lo *cholo*), del mestizaje *racial* propiamente dicho, ya que la actitud del escritor frente a ellos es diferente. Como ya hemos dicho páginas

atrás, el mestizaje cultural, es decir, la mezcla de sentimientos y actitudes indígenas con expectativas e ideas europeas mal asimiladas, lo preocupa y disgusta, pues lo considera la causa de la desazón interna, de la falta de claridad en las concepciones y de eficacia en las realizaciones, que, según él, definen a los bolivianos. Sin embargo, digámoslo por enésima vez, esto no significa que se oponga a la recepción de conocimientos europeos, como aclara expresamente en *Creación*, sino que la considera “insuficiente”, en tanto no venga acompañada también de una reflexión sobre lo propio, de una investigación y una forja del carácter nacional.

Al mestizaje propiamente *racial*, en cambio, el joven Tamayo lo ve con una serenidad que le faltará 32 años después, cuando pelee con Fernando Diez de Medina y escriba *Para siempre* recurriendo a insultos como “birlochaje putrefato”. En 1910 asegura que el mestizaje racial es inevitable y que ninguna raza contemporánea es pura; por tanto, que el futuro es de los mestizos, de los “Melgarejo” dice incluso, extremando las cosas. No celebra esto, ya que comparte con los positivistas el mito de que “lo puro” es mejor. Pero, puesto que es la ley de la vida, percibe el aspecto benigno de esta transformación: el mestizo, considerado desde un punto de vista racial, es mejor que el blanco que descende de los españoles.

Esta opinión se debe al prejuicio de Tamayo en contra de lo español (del que no hablaré aquí), y al mismo tiempo a su tesis sobre el mestizaje puramente biológico, es decir, sobre lo que el cruce de personas produce en las nuevas generaciones, que es lo que me interesa resaltar, porque esta tesis pone más allá de cualquier duda que Tamayo debe ser considerado un indigenista antes que un propugnador del mestizaje, como forzosamente plantea Sanjinés.

Para Tamayo, el mestizaje racial es positivo no porque el producto contenga una nueva identidad capaz de sintetizar y mejorar la naturaleza de los procreadores, como después pensarían los autores del nacionalismo revolucionario, sino porque está seguro que en el cruce *predominará el indio*, cuya sangre es más fuerte. Y entonces ese mestizo aindiado (y no el “indio occidentalizado” que le atribuye Sanjinés), justamente porque *seguirá siendo indio*, y con tal de que aprenda una nueva pedagogía del orgullo de sí mismo, se transformará en el heredero de la tierra.

“El indio no solamente ha persistido como grupo étnico, a pesar de cuatro siglos de historia hostil y destructora para él, sino que ha salido victorioso de la más terrible de las pruebas que se puede imponer a una

sangre: el mestizaje, el cruzamiento. El mestizaje es el más fundamental ataque que se puede hacer a la personalidad y el carácter de una raza [¿habrá leído esto Sanjinés?] Las razas chocan en los campos de batalla y alcanzan victorias siempre efímeras y exteriores. Pero el duelo que se realiza invisible e insensible dentro de las venas de las generaciones, es el que verdadera y definitivamente establece superioridades e inferioridades decisivas para las sangres que chocan”. “La fuerza personal de su sangre [del aymara] es tal que, sea con quien se cruce, sus caracteres físicos persisten”. “Esta es la causa altamente científica que ha presidido la formación de nuestra nacionalidad”. “[El indio] ha impuesto... su ley fisiológica a todo elemento blanco que se le hubiera aproximado; [los investigadores] sin haber medido todavía, ni intuitivamente, esta enorme fuerza vital, ya indican sin embargo la posible o próxima hegemonía étnica, en la América del Sur, de las sangres autóctonas, al menos de una manera indirecta, en cuanto aparece predominante en los elementos mestizos que comienzan a ser verdaderos valores políticos, sociales y otros.”

La conjura contra el hechicero

¿Por qué el indianismo contemporáneo se conjura contra el Tamayo de *Creación de la pedagogía nacional*, menospreciando sus diferencias con los positivistas y con Arguedas? ¿Por qué lo convierte en un antecesor de la defensa del mestizaje antes que del predominio indígena, es decir, del indianismo mismo?

Sanjinés afirma que Tamayo pensó al indio, *pero prescindiendo de él*. Uno podría preguntarse de qué indio habla Sanjinés, tomando en cuenta que Tamayo se consideraba (y en gran parte era) uno. Pero tal cosa ha sido completamente olvidada por el indianismo.

En otra parte del *Espejismo del mestizaje* se critica a Tamayo por no haber creado una visión propia, indígena, del mundo, y en lugar de eso haber recurrido a las ideas europeas. Para decirlo con la particular prosa de los estudios post-coloniales: “El discurso sobre lo autóctono se basó, entonces, en un modelo de observación exógeno, a través del

cual las élites criollo-mestizas tergiversaron el modo de ser propio de la alteridad indígena”. Se acusa a Tamayo de haber sido “exógeno”, pero la pregunta es, ¿entonces, quién puede ser “endógeno”? ¿En qué consiste exactamente el “modo de ser propio” de los indígenas? El libro de Sanjinés fracasa al intentar responder a estas preguntas, pero seguirlo hasta allí nos llevaría muy lejos de nuestro tema. Retengamos aquí, solamente, su acusación contra Tamayo por el carácter foráneo, no indígena, de su pensamiento:

“[Mientras Tamayo] afirmaba vehementemente que el dominio espiritual o cultural es un territorio soberano que no debe ser entregado a la civilización occidental, por otra parte forjaba un nuevo ‘modelo’ cultural que no se apartaba del imaginario occidental sino en apariencia. No era el positivismo afrancesado que guiaba la ‘comunidad imaginada’ de Tamayo, sino el vitalismo irracional que tomó prestado de Nietzsche y de Schopenhauer... En otras palabras, aunque Tamayo se empeñó en que creamos que había corregido la mirada del observador liberal-positivista, su punto de vista siguió siendo el mismo del colonizador europeo. Tamayo no fue un pensador periférico que pensase desde la propia realidad colonial, sino un pensador metropolitano temperado que

no dejó de aplicar a la realidad colonizada los métodos de observación europeos”.

Pero, ¿quién está libre de Europa? Sanjinés contrasta a Tamayo con el escritor peruano Mariátegui, lo que no tiene sentido, si se ha leído a Mariátegui y se recuerda que Marx también era europeo. En todo caso, el indianismo boliviano contemporáneo no está libre de los “métodos de observación europeos”, en concreto de los de Levi-Strauss y el estructuralismo, Foucault y el post-estructuralismo franceses, y de otros muchos. Es cierto que éstos son pensadores que critican la modernidad occidental, pero también los filósofos de Tamayo lo eran. Por otra parte, pocos escritores contemporáneos se esfuerzan tanto en aprender de Europa como los intelectuales indígenas con los que ahora cuenta el país.³⁵

¿En donde terminamos, entonces? En el argumento *ad hominem*. En que sólo pueden pensar correctamente sobre los indios... ellos mismos, y además solamente cuando se encuentran en directa relación con su cultura, preservados de la adulteración introducida por el mundo moderno, y por tanto no en las condiciones de un Tamayo, que leía a Goethe en su lengua. Este es el “indianismo” en

³⁵ Cfr., por ejemplo, Estebán Ticona, *Lecturas para la descolonización*, La Paz, Plural, 2005.

sentido estricto: *un pensamiento restringido racialmente*. (Aunque, claro, habrá algunos intérpretes autorizados del mismo, que pese a citar a Levi-Strauss y Foucault, sí sean indianistas, porque, al no ser “temperados” como Tamayo, se alinearán genuinamente tras el rechazo indígena a la modernidad occidental y a los modos de producción y de vida de la sociedad boliviana).

Y así llegamos a la misma epistemología determinista del marxismo vulgar, para la cual sólo estaban habilitados para acceder a la verdad quienes se alineaban con los intereses de la clase obrera. La única diferencia es que aquí la verdad es un monopolio de los indios (y de sus intérpretes auténticos), como admite con total claridad Silvia Rivera:

“El punto de vista indígena enfatiza no tanto *qué se dice*, sino *quien lo dice*, poniendo en cuestión la legitimidad histórica y la representatividad social de los indigenistas criollos que hablan en nombre de los indios”.³⁶

³⁶ Silvia Rivera, “La raíz: colonizados y colonizadores”, en *Violencias encubiertas en Bolivia*, Tomo 1, La Paz, CIPCA-Aruwuyiti, 1993. Las cursivas son de la autora.

Sumario

El racismo de Arguedas	11
La crítica de Tamayo	19
El “nuevo racismo” de Tamayo	31
Las contradictorias influencias (europeas) de Tamayo	39
Tamayo y el indianismo contemporáneo.....	47
La conjura contra el hechicero.....	65

